

atribuyen fuerza misteriosa de acción ilimitada.

En vano, las religiones, cubriéndose la mentida faz con la máscara del judaico, disfrazándose de pastoras, han difundido el vetusto y anacrónico misticismo, han sembrado imprecaciones, anatematizando la plebe abyecta entregando leyendas sofísticas de tradiciones bíblicas, con fabulosas liturgias, han edificado sus templos, han internado infinitos arabescos exóticos é incomprendibles, apolos de yeso vacío, conciliábulo para cartománticos y nigrománticos, han rasgado el velo de la inocencia, y saliendo de la opacidad la perversión de las brujas con el estigma de la hipocrésia, han transformado el hombre en cretino. Los templos y las sinagogas han ocupado mercaderes hebreos y gitanos, los teófilos se han apoderado soezmente de las conciencias, obstaculizando el pensamiento para convertirlos en arma mecánica de absoluto dominio.

Vano es el esfuerzo de la Iglesia y del Estado para mantener la inercia de los pueblos en el campo de la reacción por la reforma social; la evolución ha sido un progreso y la revolución es un hecho.

En vano, los de la cima, han obrado tenazmente para impedir el vértigo de las transformaciones y sustentar su teogonía impura é insana.

En vano buscaron arcaísmos, para envolver á la humana familia en las fibras inertes del tardígrafo, fustigando la excelsa lumbré que cruzaba por la mente de los desposeídos, de los oprimidos, anunciando la emancipación.

En vano: los «Dioses» han mandado construir patíbulos, han edificado cárceles con bujintorios inquisitoriales, para martirizar la existencia de la propia prole, que la fatalidad empuja á quebrantar la «ley» que rige en propio detrimento.

El tiempo se deslizó veloz como si le persiguieran sin tregua, las religiones en lenta combustión de agonía, exasperados de su «Dios», huyen al desierto en busca de nuevos alicientes

y se confunden tras las encinas seculares de las selvas drugídicas. Los teófilos corean á su «Dios», y el eco no responde á su voz, sólo sienten el rugido de las fieras hambrientas que huyen de sus jaulas.

Todo se metamorfosea, todo se transforma, y la evolución ha incrementado sobre las vísceras de la tierra, y las conciencias volitivas persiguen la torcida corriente de las ideas para innovarlas y uniformarlas en el campo de la Acracia, que ha luchado tantos siglos en pos de una nueva Generación, que trata de destruir esa horrorosa «Themis» dentofilada, ese monstruo de hierro y acero, ese vetusto madeiramen, esos «Sinais» de las alturas que esparcen sobre nosotros el oprobio.

El Supremo, irascible que dejó en el campo de Marte el siglo XIX 400.600.000¹ víctimas al mandato de sus «Dioses» imperiales y reales, y, no harto de sangre, al comienzo del siglo XX contamos en activo dos guerras y tres revoluciones que flagelan y exterminan, multiplicando la desolación y la ruina del hogar.

La inmensa multitud, presa del terror que mana de los ídolos, se ha incorporado en las filas de la Acracia para vertirse de la moda que conduce á los hijos á vengarse con toda fiereza de sus «Dioses», que al pan contestaron con plomo.

Sí: El inconmensurable hormiguero trabaja con actividad para desterrar sus «Dioses»; ese «Dios» que no armoniza con la razón, yace en el lecho desesperado, el termómetro de la inteligencia señala temperatura elevada, las ideas modernas la entristecen anticipándole la muerte.

El proletario universal ya expía la sombra de un «Dios» que nada y boga en el río mitológico, ya lo han encontrado en el árbol ficticio y al derrumbarlo al «ser» incognoscible le preparan honda cripta, y lo cubren con la tierra de la lete.

La hora se aproxima: El Mago de Oriente ha anunciado á sus Reyes por

¹ s/estadista Dr. Alemán, cifra que se aproxima á la verdad.